

por que la ha escogido por morada, y que de ella

DE TODOS LOS SANTOS.

En vuestros solos consiste el imitarlos: acso en

que apor... des...

que los... des...

atencio... des...

vuestro... des...

atos. Ha... des...

vida... des...

Volveo... des...

estado... des...

que de... des...

felices... des...

que... des...

SERMON

PARA EL DIA

DE LOS DIFUNTOS.

LA MUERTE DEL PECADOR,

y la del Justo.

Beati mortui, qui in Domino moriuntur.

Felices los muertos, que mueren en el Señor. *Apoc. 14. 13.*

Tienen las pasiones humanas un no sé qué de admirable é incomprehensible. Todos los hombres quieren vivir, y miran la muerte como la última de sus desgracias; todas sus pasiones los aficionan á la vida, y al mismo tiempo sus pasiones son las que sin cesar los dirigen á esta muerte que tanto aborrecen; y parece que solo viven para darse priesa á morir.

Todos se lisongan de que morirán con la muerte de los justos: lo esperan, y lo desean. No pudiendo prometerse ser eternos en la tierra, cuentan á lo menos que antes de este último instante se apagarán las pasiones que actualmente los dominan y cautivan. Representanse la suerte de un pecador que muere aborrecido de Dios, como una suerte formidable, y con todo eso ván disponien-

do

do para sí, sin inquietud, y con tranquilidad, esta misma suerte. Aquel horrible término de la vida humana, que es la muerte en el pecado, los atemoriza y espanta; y con todo eso caminan alegres como insensatos por el camino que conduce á él. Por más que se des predique que el morir es semejante al vivir, quieren vivir como pecadores, y morir como justos.

Hoy, pues, quiero Católicos, no desengañaros de una ilusion tan comun y tan grosera (esto lo dejo para otra ocasion) sino, yá que la muerte del justo os parece tan apetecible, y la del pecador tan formidable, exponeros aqui una y otra, y despertar sobre ambas vuestros deseos y vuestro espanto. Como necesariamente haveis de morir en uno de estos dos estados, importa que os acerqueis al espectáculo; para que registrando con los ojos de la consideracion el retrato formidable del uno, y la imagen consoladora del otro, podais pronosticar en tiempo qual de los dos destinos os espera, y tomar vuestras medidas para que la decision os sea favorable.

En el retrato del pecador que muere, vereis adonde vá á parar, por último, el mundo con todos sus delirios y toda su gloria. En la relacion de la muerte del justo conoceremos á dónde guia la virtud con todos sus trabajos. En el uno vereis á el mundo con los ojos de un pecador que vá á morir, y os parecerá vano, frívolo, y diferente de lo que os parece hoy. En el otro vereis la virtud con los ojos del justo que espira, y os parecerá grande, y digna de estimacion. En el uno comprendereis toda la desgracia de una alma que ha vivido olvidada de Dios; en el otro la felicidad de aquella que solo ha vivido para servirle y agradarle. En una palabra, el espectáculo de la muerte del pecador os hará desear vivir la vida del justo; y la imagen de la muerte del justo os inspirará un santo horror á la vida del pecador. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRI-

PRIMERA PARTE.

POR mas que apartemos de nosotros la imagen de la muerte, cada día de los que vivimos nos la vá acercando. Apagase la juventud, precipitanse los años, y semejantes, dice la Escritura, á las aguas que salen del mar, y que nunca vuelven ácia su corriente, nos arrojamus con rapidéz en el abismo de la eternidad, en donde sepultados para siempre, no volveremos atrás, para parecer otra vez sobre la tierra. *Et quasi aqua dilabimur in terram, quæ non revertuntur.* (a)

Bien sé que todos los días hablamos de la incertidumbre y brevedad de la vida. La muerte de nuestros parientes, de nuestros subditos, de nuestros amigos, de nuestros amos, muchas veces repentina, siempre inopinada, nos ofrece muchas reflexiones acerca de la fragilidad de todo lo que pasa. Continuamente estamos repitiendo que el mundo es nada, que la vida es un sueño, y que es muy insensato el que se fatiga por cosa que tan poco ha de durar. Pero esto no es mas que hablar, no lo sentimos así. Son discursos de costumbre, y la misma costumbre hace que se olviden.

Pues Católicos, figuraos acá en la tierra una suerte á vuestro gusto; dilatad en vuestra imaginacion vuestros días, y aun mas allá de vuestras esperanzas; quiero dejaros gozar de esta dulce ilusion; pero finalmente será preciso caminar por el camino que caminaron vuestros padres. Vereis por último llegar aquel día que no tiene siguiente, y este será para vosotros el día de vuestra eternidad feliz, si morís en el Señor; ó de vuestra eterna desgracia si morís en la culpa. Uno de estos dos destinos os espera. En la final

(a) 2. Reg. 14. v. 14.

decision de la suerte de los hombres no habrá mas que diestra y siniestra; cabritos y ovejas. Permitidme, pues, que yo os acuerde el tiempo de vuestra muerte, y que en él os manifieste estos dos espectáculos de esta ultima hora, tan terrible para el pecador, y de tanto consuelo para el Justo.

Digo terrible para el pecador, que dormido en las vanas esperanzas de conversion, llega finalmente á este ultimo momento lleno de deseos, vacío de buenas obras, casi sin haber conocido á Dios, y sin poder ofrecerle mas que sus delitos, y el pesar de vér acabarse unos días que juzgaba habian de ser eternos. Digo, pues, Señores, que no hay cosa mas terrible que la situacion de este infelíz en los ultimos instantes de su vida, y que á qualquiera parte que se vuelva, ya sea que se acuerde de lo pasado, ya considere lo que actualmente pasa á su vista, ya finalmente penetre con los ojos del alma aquel por venir fatal que está ya tocando, todos estos objetos, que son los que por entonces pueden solamente ocuparle y presentarsele, no le ofrecen mas que tristeza y desesperacion, despertando en él unas imagenes las mas funestas y tristes.

Porque, Católicos, ¿qué puede ofrecer el tiempo pasado á un pecador, que tendido en la cama de la muerte empieza á no contar con su vida, y que en el rostro de todos los que le rodean lee la terrible noticia de que para él se acabó todo? ¿Qué vé en la larga sucesion de días que ha pasado en la tierra? Vé trabajos inútiles, deleytes que solo han durado un instante, y delitos que van á durar eternamente.

Trabajos inútiles: Presentasele de un golpe toda su vida pasada, y no vé en ella mas que una violencia y una agitacion eterna é inutil; acuerdasele todo lo que ha sufrido por el mundo que se le huye, por una fortuna que se desvanece, por una reputacion que no le acompaña en

la presencia de Dios; por unos amigos que pierde, por unos Señores que ván á olvidarle, por un nombre que solo quedará escrito sobre las cenizas de su sepulcro. ¡Qué pena entonces para este desdichado, el vér que habiendo trabajado toda su vida, nada ha ganado para sí! ¡Qué pesar el haberse hecho tantas violencias, sin haber podido adelantar nada para el cielo, haberse tenido siempre por muy debil para el servicio de Dios, y haber tenido fuerza y constancia para ser martyr de la vanidad de un mundo que vá á perecer! Entonces el pecador, fatigado y atemorizado con su ceguedad y su engaño, no hallando sino un gran vacío en una vida á quien solo el mundo ha ocupado, viendo que apenas ha empezado á vivir despues de tantos años de vida, dexando acaso llenas las historias de sus hechos, los monumentos públicos cargados de los sucesos de su vida, el mundo lleno de la fama de su nombre, sin dexar nada que merezca ser escrito en el libro de la Eternidad, ni que le pueda acompañar en la presencia de Dios; entonces es quando empieza, aunque tarde, á hablar consigo mismo en un estilo que hemos oído muchas veces: ¿Con que no he vivido sino para la vanidad? ¿Qué no haya yo hecho por Dios lo que he hecho por mis Señores! ¡Ay de mí! ¿Habia acaso necesidad de tantos trabajos y molestias para perderse? ¿Es posible que no haya yo de recibir á lo menos mi consuelo en este mundo? A lo menos hubiera gozado de lo presente, de este instante que se me huye, y no lo huviere perdido todo; pero toda mi vida ha estado llena de inquietudes, de esclavitud, de fatigas, de violencias; y todo para adquirirme una eterna desgracia. ¡Qué locura ha sido el haber sufrido para perderme, lo que no hubiera tenido necesidad de sufrir para salvarme; y haber tenido la vida de los Justos por una vida triste é insufrible, pues nada han hecho por Dios tan difícil, que no haya yo hecho cien veces por el mundo, que es

na-

nada, y de quien por consiguiente nada pudiera esperar! *Ambulavimus vias difficiles . . . erravimus à via veritatis.* (a)

Sí, Católicos; en este ultimo instante se os representará todo con muy diferentes ideas de las que hoy os figurais. Contais al presente los servicios hechos al estado, los puestos que habeis ocupado, las acciones en que os habeis distinguido, las heridas que dan testimonio de vuestro valor, el número de vuestras campañas, y lo distinguido de vuestros empleos; todo esto os parece verdadero. Los aplausos públicos que lo acompañan, las recompensas que lo siguen, la fama que lo pública, las distinciones á ello anexas os acuerdan vuestros días pasados como días completos, ocupados, señalados cada uno con memorables acciones, y con sucesos dignos de conservarse en la posteridad. Aun dentro de vosotros mismos os distinguís de aquellos hombres inútiles de vuestra clase, que siempre han vivido en una vida obscura, cobarde, é inútil, y que han deshonrado su nombre con el ocio y costumbres afeeminadas, que los han dexado sepultados en el olvido; pero en la hora de la muerte, en aquel ultimo instante en que el mundo huye, y la eternidad se acerca, se abrirán vuestros ojos, se mudará la scena, se disipará la ilusion que os aumenta estos objetos, todo lo vereis al natural, y todo lo que os parecia tan grande, como solo lo hicisteis por el mundo, por la gloria, por la fortuna, os parecerá nada. *Aperiet oculos suos,* dice Job, *& nihil inveniet.* (b) Solo hallareis verdadero en vuestra vida lo que hubiereis hecho por Dios; solo digno de alabanza las obras de fé y de piedad; solo grande lo que sea digno de la eternidad; y un vaso de agua fria dada en nombre de Jesu-Christo, una sola lágrima derramada en su presencia, la mas leve violencia sufrida por

él

(a) Sap. 5. v. 7. 6. (b) Job 27. v. 19.

él, os parecerá mas precioso, mas digno de estimacion, que todas las maravillas que admira el mundo, y que perecerán con él.

No solo halla en su vida pasada el pecador que muere trabajos perdidos, halla tambien la memoria de sus placeres; y esta memoria es la que le consterna y le consume. Halla unos placeres que solo han durado un instante: vé que ha sacrificado su alma y su eternidad á un momento fugitivo de deleyte y embriaguez. ¡Infeliz! Habiale parecido demasiado larga la vida para consagrarla toda entera á Dios; no se atrevia á emprender en tiempo el partido de la virtud, temiendo no poder sufrir la molestia, sus dilaciones, y las resultas; miraba los años que aun le faltaban como un espacio inmenso que era preciso andar, llevando sobre sí la Cruz, viviendo separado del mundo, y exercitandose en obras de Christiano. Este solo pensamiento detubo siempre sus buenos deseos; esperaba para volverse á Dios la ultima edad, como en la que es mas segura la perseverancia. ¡Qué espanto el vér en esta ultima hora, que lo que le habia parecido tan largo no ha durado mas que un instante; que su niñez y su vejez se tocan tan de cerca, que no forman mas que un solo dia; y que desde el seno de su madre hasta el sepulcro no ha dado mas que un paso! Aun no es esta la mayor amargura que halla en la memoria de sus deleytes; desaparecieron estos como un sueño; pero el que en otras ocasiones se preciaba de ellos, se halla ahora cubierto de confusion y vergüenza; á sus altanerías ha sucedido la flaqueza y cobardia: preciabase delante de los hombres de talento, de elevacion, de valentia; ¡oh Dios mio! al presente se halla el mas debil y despreciable de todos los pecadores! Acaso su vida fue prudente en la apariencia, pero en la realidad estubo llena de la infamia de los sentidos, y de la puerilidad de las pasiones; una vida aca-

acaso gloriosa en la presencia de los hombres, pero á los ojos de Dios la mas vergonzosa, la mas digna del oprobrio y del desprecio: una vida á la que acaso acompañó siempre la felicidad, pero en lo interior la mas insensata, la mas frívola, la mas vacía de reflexiones y prudencia: Finalmente, halla placeres que han sido tambien la raíz de todos sus pesares, que emponzoñaron toda la dulzura de su vida, que mudaron sus dias mas alegres en dias de furor y de tristeza: placeres que compró siempre muy caros, y de los que solo sacó molestia y amargura. A esto se reduce esta vana felicidad. Sus pasiones son las que le ocasionaron una vida desgraciada, y no tubo en toda ella un instante de tranquilidad, sino aquel en que estubo libre de ellas. Los dias de mis deleytes se huyeron, dice entonces el pecador hablando consigo mismo, pero con distintas disposiciones que el Santo Job; estos dias que han sido el motivo de todas las desgracias de mi vida, que han turbado mi sosiego, y aun la tranquilidad de la noche me la han mudado en pensamientos lugubres y tristes: *Dies mei transierunt, cogitationes meae dissipatae sunt torquentes cor meum.* (a) ¡Y con todo eso, oh gran Dios, castigareis los pesares é inquietudes de mi vida desgraciada! ¡Escribís contra mí en el libro de vuestra indignacion todas las amarguras de mis pasiones, y preparais una desgracia eterna y sin medida á los deleytes que han sido siempre el motivo de todas mis desgracias? *Scribis enim contra me amaritudines, & consumere me vis peccatis adolescentiae meae?* (b)

Esto es lo que halla el pecador, quando muere, en la memoria de lo pasado; delitos que durarán eternamente: las flaquezas de la niñez, las disoluciones de la juventud, las pasiones y escandalos de una edad mas avanzada, y aun acaso tambien los desordenes vergonzosos

(a) Job 13. v. 26. (b) *Ibid.*

de una licenciosa vejez. ¡Ah Católicos! mientras tenemos salud no vemos mas que la superficie de nuestra conciencia; no tenemos mas que una vaga y confusa memoria de nuestra vida; solo vemos en nuestras pasiones la que actualmente nos cautiva: un habito vicioso, no nos parece mas que un solo delito: pero al tiempo de morir se disipan las tinieblas que cubren la conciencia del pecador. Quanto mas sondéa su corazon, halla en él mayores manchas: quanto mas penetra este abismo, vé en él mayores monstruos: pierdese en este caos; no sabe qué partido tomar para empezar á aclararle; necesitaria para esto una vida entera; ¡pero ay! El tiempo pasa, y apenas le quedan mas que algunos instantes; tiene precision de hacer una confesion precipitada, para la que apenas bastaria un largo espacio de tiempo, y á la que en el instante siguiente sucederá el terrible juicio de la divina Justicia. ¡Oh Dios mio! Mientras dura la vida nos quejamos de la infelicidad de nuestra memoria, de que todo se nos olvida, y es necesario que supla el Confesor nuestra falta de atencion, y nos ayude á juzgarnos y á conocernos á nosotros mismos: pero en este ultimo instante no tendrá el pecador que muere necesidad de este socorro: la divina Justicia, que durante el tiempo de su salud le habia entregado á la profundidad de sus tinieblas, le alumbrará entonces en su indignacion. Quanto rodéa la cama de su muerte hace venir á su memoria algun nuevo delito: los criados á quienes escandalizó, los hijos de quienes no tubo cuidado, la esposa á quien contristó con ajenas pasiones, los Ministros de la Iglesia á quienes despreció: las pecaminosas imagenes de sus pasiones, pintadas aun sobre aquellas paredes: los bienes de que abusó; el lujo que le rodéa, con el que han padecido los pobres y sus acreedores; la soberbia de sus edificios, levantados acaso con los bienes de la viuda, del huérfano, ó con la miseria del público: todo, finalmente, el cielo, y la tierra, dice Job, se le-

VAR-

vanta contra él, y le acuerda la terrible historia de sus pasiones y delitos. *Revelabunt Cæli iniquitatem ejus, & terra consurget adversus eum.* (a)

De este modo la memoria de lo pasado forma uno de los estados mas terribles del pecador que muere, porque no halla en él sino trabajos perdidos, placeres que solo han durado un instante, y delitos que han de durar eternamente.

Pero aun no es menos triste para este desgraciado todo lo que actualmente pasa en su presencia. *Sus sustos, sus separaciones, sus mudanzas.*

Sus sustos. Habíase siempre gloriado de que no le asustaria el dia del Señor; quanto acerca de esto habia oído decir en los Púlpitos, no le estorbaba el prometerse que ordenaria su conciencia antes de este ultimo instante; y ahora se vé ya en él, cargado de todos sus delitos, sin preparacion, sin haber dado un paso para aplacar á su Dios: ya le llegó este instante sin que haya pensado en él, y ya vá á ser juzgado.

Sus sustos. Hierete Dios quando está en lo mas fuerte de sus pasiones, al tiempo que mas lejos estaba de su alma la memoria de la muerte, quando habia llegado á ciertos puestos que habia deseado con ansia, y que semejante al necio del Evangelio, exórtaba á su alma á que descansase y gozase en paz el fruto de sus trabajos. En este mismo instante le acomete la divina Justicia, y vé acabarse de un golpe su vida y todas sus esperanzas.

Sus sustos. Vá á morir, y permite Dios que nadie se atreva á decirle que ya no debe contar con la vida. Sus parientes le lisongean, sus amigos le dexan en su error; le lloran en secreto como muerto, y aun le muestran es-

pe-

(a) Job 20. v. 27.

peranzas de vida, engañanle para que se engañe á sí mismo. Es necesario que se cumplan las Escrituras, que sea asaltado el pecador en este ultimo instante; vos lo profetizasteis, ¡oh Dios mio! y vuestras palabras son verdaderas.

Sus sustos. Abandonado de todos los socorros del arte, entregado solamente á sus males y á sus dolores, aun no puede persuadirse que vá á morir, aun se lisongea, aun espera: parece que la divina Justicia no le dexa aquel rastro de razon mas que para que le emplee en engañarse. Al vér sus miedos, su espanto, sus inquietudes, se conoce bien que aun no ha creído que se muere; atormentase, se agita, como si pudiera huir de la muerte, y sus agitaciones no son mas que un pesar de perder la vida, y no un dolor de haberla empleado mal. Es preciso que el ciego pecador lo esté hasta el fin, y que su muerte sea semejante á su vida.

Finalmente. *Sus sustos.* Vé entonces que el mundo siempre le ha engañado, que siempre le ha llevado de ilusion en ilusion, de esperanza en esperanza; que nunca le han sucedido las cosas como él se habia prometido, y que siempre ha sido engañado con sus propios errores. No comprehende cómo puede haber sido tan constante su desprecio; como ha podido obstinarse tantos años en sacrificarse por un mundo, por unos Señores que nunca le han pagado sino con vanas promesas, y que su vida no ha sido mas que una indiferencia del mundo para con él, y una embriaguez en él para con el mundo. Pero lo que mas le aflige es, que el error no tiene ya remedio, que no se muere mas que una vez, y que una vez mal concluida la carrera, no se puede volver atrás para empezarla de nuevo. Vos sois Justo, ¡oh Dios mio! y quereis que el pecador pronuncie de antemano su sentencia contra sí, para juzgarle vos por su propia boca.

Muy terribles son los sustos del pecador que muere,

re, pero no lo son menos las cosas de que se separa en este ultimo instante. Quanto mayor apego tenia al mundo, á la vida, y á todas las criaturas, tanto mas padece quando ha de separarse de ellas; quantos son los lazos que debe romper, tantas son las heridas que le penetran; quantas son las cosas de que debe separarse, otras tantas nuevas muertes experimenta.

Separase de sus bienes, los que habia acumulado con tan largas y tan penosas fatigas, y acaso por caminos dudosos para su salud; los que se habia obstinado en conservar á pesar de los remordimientos de su conciencia, y que con gran dureza de su corazon habia negado á la necesidad de sus próximos; huyensele ahora, este vaso de barro se quiebra en su presencia, solamente lleva consigo el amor, el pesar de perderlos, el delito de haberlos adquirido.

Separase de la magnificencia que le rodea, de la vanidad de sus edificios, en los que creía haberse edificado un asilo contra la muerte: del lujo, de la vanidad, de sus alhajas, de las que no le quedará mas que la lúgubre mortaja, que le ha de envolver en el sepulcro; de aquella opulencia en que siempre habia vivido: todo huye de él, todo le abandona; empieza á mirarse como extraño en medio de sus Palacios, en donde siempre debia haberse mirado como tal: como un desconocido que no es dueño de nada de quanto en ellos hay; como un infeliz á quien en su presencia ván á despojar de todo, y á quien solo permiten gozar aun por algun tiempo de la vista de sus despojos para aumentar sus penas y su suplicio.

Separase de sus cargos, de sus honores, los que acaso vá á dexar á un rival suyo, á los que habia llegado por entre tantos peligros, trabajos y ruindades, y de los que con tanta insolencia habia gozado: ya está en la hora de la muerte, despojado de todas las señas de su dignidad, sin conservar de todos sus títulos

mas que el de pecador, del que entonces usa, aunque tarde y en vano. ¡Oh Dios mio! Contentariase en este ultimo instante con ser de la condicion mas vil; aceptaria como una especial gracia el estado mas obscuro y abatido, con tal que le alargasen la vida; envidia la suerte de sus esclavos, que dexa en el mundo. Camina con gran priesa hácia la muerte, y aun vuelve con ansia los ojos á la vida.

Separase de su cuerpo, para quien siempre vivió, con quien contrajo tan estrechos lazos, favoreciendo todas sus pasiones: conoce que se arruina esta casa de barro; vé que poco á poco se vá muriendo en cada uno de sus sentidos; solo está unido á la vida por medio de un cadaver que se apaga, por los crueles dolores que sus males le hacen padecer, por el excesivo amor que la tiene, el que es mas vivo quanto mas cerca está de separarse.

Separase de sus parientes, de sus amigos, á quienes vé al rededor de su cama, cuyos llantos y tristeza acaban de oprimirle el corazon, y le hacen sentir con mayor crueldad el dolor de perderlos.

Separase del mundo en el que ocupaba tantos puestos, y en el que se habia establecido, ensalzado y estendido, como si debiera ser este lugar el de su eterna permanencia; del mundo, sin el que nunca pudo vivir; en el que fue siempre uno de los principales actores; en cuyos sucesos siempre tubo tanta parte; en donde siempre se manifestó tan placentero, y con talentos tan propios para agradarle: su cuerpo vá á dexarle, pero su corazon y todas sus acciones se quedan aun en él. El mundo muere para él, pero él aunque muere, todavia no muere para el mundo.

Separase finalmente de todas las criaturas. Todo se aniquila en su presencia: estiende las manos á todos los objetos que le rodean, como para agarrarse á ellos, y no agarra mas que fantasmas, y un humo que

se disipa, y que no dexa cosa alguna verdadera entre sus manos. *Et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis. (a)*

Entonces es quando Dios parece grande al pecador que muere. En este terrible instante es quando deshaciendose el mundo, huyendo de su vista, no vé quedar mas que solo Dios, el que todo lo llena, el que solo es eterno é inmutable: quejabase en otro tiempo, con un estilo irónico y lleno de impiedad, de que era difícil poder conocer con viveza alguna cosa de un Dios que es invisible, y no amar á unas criaturas que se vén y ocupan todos nuestros sentidos. ¡Peró ay! En este ultimo instante no vé mas que á solo Dios: el invisible será visible para él; sus sentidos, ya amortiguados, se negarán á todos los objetos sensibles: todas las cosas de que está rodeado desaparecerán, y Dios ocupará el lugar de todas estas ilusiones con que se entretuvo mientras le duró la vida.

De este modo se muda todo para este desgraciado; y estas mudanzas, estos sustos, este separarse de las cosas es la ultima amargura del espectáculo de su muerte.

Mudase su credito y su autoridad; quando ya no hay esperanza de su vida empieza el mundo á no contar con él; sus fingidos amigos se retiran: sus criaturas buscan ya en otra parte protectores y dueños; aun sus mismos esclavos andan solícitos en asegurarse para despues de su muerte una fortuna proporcionada; apenas queda con él quien pueda recoger sus ultimos suspiros; no hay cosa que no le abandone, todo le desampara; ya no vé cerca de sí aquel gran número de aduladores; acaso caminan ya todos á la casa del que creen que ha de ser su sucesor, mientras que él, dice

(a) *Psalm. 75. v. 6.*

ce Job, solo en la cama de su dolor, solamente cercado de los horrores de la muerte, entra ya en aquella triste soledad que le prepara el sepulcro, y hace amargas reflexiones sobre la inconstancia del mundo, y sobre lo poco que hay que fiar en los hombres. *Affligetur relictus in tabernaculo suo. (a)*

Mudase la estimacion pública con que habia estado embriagado. ¡Oh Dios mio! Ya le ha olvidado el mundo que tanto le alabó. La mutacion que su muerte vá á hacer en la scena, dará aun por algunos dias motivo á las conversaciones públicas; pero pasado este corto tiempo caerá en el olvido y en la nada: apenas habrá quien se acuerde de que ha vivido; todo el cuidado será ponderar los prodigios de su sucesor, y ensalzarle sobre las ruinas de su reputacion y su memoria; experimenta ya este olvido, vé que no le resta mas que morir; que su hueco se llenará muy presto; que no quedará ni aun señal de él en el mundo, y que solos los Justos, que le habian visto cercado de tanta gloria, se dirán unos á otros: ¿En dónde está ahora? ¿Qué se han hecho aquellos aplausos que le grangeaban su poder? En esto viene á parar el mundo, y esto es lo que se gana con servirle. *Et qui eum viderant, dicent: ¿ubi est? (b)*

Mudase su cuerpo, aquella carne á quien tanto habia ahagado é idolatrado; aquella vana hermosura que le habia grangeado tanta atencion, y corrompido tantos corazones, ya no es mas que un espectáculo de horror, cuya vista apenas puede sufrir; no es ya mas que un cadaver á quien dá miedo arrimarse; esta desgraciada criatura que habia encendido tantas injustas pasiones; ¡oh Señor! sus amigos, sus parientes, aun sus

(a) Job 20. v. 26. (b) Job 20. v. 7.

mismos esclavos huyen de ella, se apartan, no se atreven á arrimarse sino con recelo; no la tributan mas servicios que los de cortesía y de temor; aun ella misma tiene trabajo en sufrirse, y se mira con horror. ¿Pero qué era lo que otras veces me grangeaba todas las atenciones? se dice á sí misma con el Santo Job; mis esclavos á quienes llamo no se atreven á acercarse á mí, y aun mi mismo aliento es infeccion, y una infeccion mortal para mis hijos y parientes: *Servum meum vocavi: & non respondit... halitum meum exhorruit uxor mea, & orabam filios uteri mei. (a)*

Finalmente: *Mudase* en todo lo que le rodea. Buscan sus ojos algun objeto en que fijarse, y no hallan por todas partes mas que imagenes lúgubres de la muerte. Pero nada es esto para el pecador que muere; la memoria de lo pasado, el espectáculo de lo presente seria muy poco, si á solo esto se ciñeran todas sus penas: la memoria de lo que está por venir es lo que le horroriza y desespera. Este por venir, esta region de tinieblas en donde vá á entrar él solo, sin mas compañía que la de su conciencia; este por venir; esta tierra incógnita de la que ningun mortal ha vuelto, donde no sabe lo que ha de hallar, ni lo que le espera: este por venir, este abismo inmenso en donde se pierde y se confunde su entendimiento, y en donde vá á sepultarse, incierto de su destino; este por venir; este sepulcro, esta morada de horror en donde vá á tomar lugar con las cenizas y cadaveres de sus mayores; este por venir, esta eternidad espantosa, cuya primera vista no puede sufrir; este por venir finalmente: este terrible juicio en que vá á parecer ante la ira de Dios, y á dar cuenta de una vida, cuyos instantes casi todos han sido delitos. ¡Ah! Mientras miraba de lejos este terrible por venir, ha-

cia

(a) *Ibid.* 19. v. 16. 17.

cia vanidad de no temerle; preguntaba sin cesar con un tono blasfemo é irrisible: ¿Quién ha vuelto del otro mundo? Burlabase de los temores vulgares, y hacia gala de valiente; pero luego que le hirió la mano de Dios, luego que la muerte se manifestó de cerca, y se le abrieron las puertas de la eternidad, y que toca finalmente á este por venir terrible, contra el que se habia manifestado tan valiente, ¡ah! muéstrese entonces cobarde, afligido y lloroso, levantando las manos al cielo en accion de suplicar; ó triste, taciturno, y agitado, revolviendo entre sí pensamientos terribles, sin esperar mas socorro de parte de Dios, en la debilidad de sus lamentos y lágrimas, que en sus furores y desesperacion.

Sí, Católicos. Este infelíz que se habia dormido siempre en sus desordenes: que habia siempre confiado vanamente en que no habia necesidad de mas que de un buen instante, y de un movimiento de compuncion en la muerte para mitigar la cólera de Dios, desespera entonces de su clemencia: por mas que se le hable de sus eternas misericordias, conoce lo indigno que es de ellas. Por mas que el ministro de la Iglesia procure asegurarle en sus temores, abriendole el seno de la clemencia divina, estas promesas le mueven poco, porque conoce bien que la caridad de la Iglesia, aunque nunca desespera de la salud de sus hijos, con todo eso en nada muda los formidables decretos de la justicia de Dios: por mas que se le prometa el perdon de sus delitos, una voz secreta y terrible le dice en lo íntimo de su corazon, que no hay salud para el impío, y que mas debe creer á la verdad, que á las esperanzas que le ofrecen en sus desgracias: por mas que se le exórté á que recurra á los ultimos remedios que ofrece la Religion á los que mueren, los mira como aquellos remedios desesperados que se dán á Dios y á dicha, quando ya no hay esperanza, y que mas sirven de

de consuelo á los vivos, que de utilidad á los que mueren: llaman á los Siervos de Jesu-Christo para que le consuelen en esta ultima hora, y él lo mas que puede hacer es envidiar en su interior su suerte, y detestar la infelicidad de la suya: ponle en la boca las palabras de los libros santos, las expresiones de un Rey penitente, y conoce muy bien que su corazon desapruueba estas divinas expresiones, y que las palabras formadas por una caridad ardiente, y una compuncion perfecta no convienen á un pecador, asaltado como él, en sus desordenes. Sus amigos y parientes vienen al rededor de su cama á recoger sus ultimos suspiros, y él aparta los ojos, porque aun halla entre ellos la memoria de sus delitos; el ministro de la Iglesia le presenta un Crucifijo, y este objeto de tanto consuelo, y tan propio para excitar su confianza, le arguye mudamente de sus ingraticudes, y del abuso perpetuo de sus gracias. Entretanto se acerca la muerte: el Sacerdote procura mantener con las preces que se dicen en la agonia, aquel resto de vida que aun le ánima. Camina, alma christiana, le dice: *Proficiscere anima christiana*. No le dice, caminad Principe, Grande de este mundo: mientras vivió, apenas bastaron los monumentos públicos para lo numeroso y vano de sus títulos; en este ultimo instante no le dán mas título que el que recibió en el bautismo, el unico de que no hacia caso, y el que solo le debe durar eternamente. *Proficiscere anima christiana*. Camina, alma christiana, ¡Oh Dios mio! Habia vivido como si no tubiera mas sér que su cuerpo; habia procurado persuadirse á que su alma no era nada; que el hombre era solamente obra de la carne y de la sangre, y que todo moría con nosotros; y ahora le hacen vér que su cuerpo no era mas que un poco de barro, que vá á disolverse; que su sér inmortal es esta alma, esta imagen de la Divinidad, esta inteligencia, capaz ella sola de amarle y de conocerle, y que vá á